

PARADOJAS BÍBLICAS

Seleccionado por R. Quispe

Las verdades de la revelación divina están repletas de paradojas. Parecería como que la Biblia está llena de contradicciones. Esto se debe a que, frecuentemente, la verdad debe presentarse a la mente humana mediante dos declaraciones que aparentan estar en contradicción.

Se inflige un gran daño a la sana doctrina cuando el hombre se inclina de un solo lado de la paradoja y enseña esta parte como la suma total de la verdad. Otros pretenden tener el poder de "armonizar" con facilidad estas aparentes contradicciones. Errando al no percibirse de que la verdad es una paradoja en sí misma, tuercen un lado de la paradoja para hacerlo "armonizar" con el otro. Finalmente, esto se convierte en una distorsión del mensaje de la Palabra de Dios. ¿Se ha mirado usted alguna vez en un espejo que refleja su imagen en una forma distorsionada? Puede que la imagen retenga todas sus características esenciales, pero sólo fuera de proporción.

La teología sistemática tiene su lugar correspondiente, pero existe el peligro de reducir los aspectos paradójicos y variados de la verdad infinita a un sistema de lógica humana.

Ilustremos estos principios con algunos ejemplos de la Palabra de Dios:

1. Fe y Obras

Fue Melancton quien dijo: "Somos justificados por la fe sola, pero la fe que nos justifica nunca está sola." El gran apóstol Pablo se destaca por su insistencia sobre la fe como único instrumento necesario para recibir la gracia de Dios que justifica. Con todo, Pablo puede ser igualmente enfático sobre la cuestión de la necesidad del servicio de amor. Nadie se salvará por sus buenas obras; sin embargo, es igualmente cierto que ninguna alma que permanezca en la ausencia de las buenas obras es salva.

La gente puede tornarse indolente cuando se hace un énfasis unilateral sobre la fe. Lutero se vio obligado a quejarse de esto. Por cierto, también estaba completamente consciente del error opuesto. El reformador comparó sus esfuerzos en favor de los de su pueblo con la hazaña de montar a un paisano alemán en estado de embriaguez sobre un caballo—cuando uno intenta subirlo por un lado del caballo se cae por el otro. Algunos maestros seguirán diciendo: "Usted no tiene nada que hacer. Todo lo que tiene que hacer es creer." No negamos que haya algo de verdad en tal declaración. Si se toma la fe en su sentido bíblico más amplio y completo, la fe es la única cosa necesaria. La predicación de la cruz de Cristo crea fe—tal fe que permanece activa

en el servicio a Dios y al hombre. La fe no es un opio para poner a dormir la gente. La fe es un estimulante que despierta todas las energías del alma. Nunca debe dejarse la impresión sobre la gente de que las buenas obras son innecesarias o que carecen de importancia. Nadie puede leer las lecciones prácticas de Jesucristo y obtener esta impresión distorsionada.

En los escritos de Pablo se nos enseñan claramente dos cosas— la justificación por la fe y un juicio final de acuerdo con las obras. Puede que estas dos grandes verdades aparenten ser contradictorias, pero es necesario enseñar ambas. Santiago Buchanan, en su gran clásico sobre la doctrina de la justificación por la fe, registra las palabras que solía decir su profesor, el Dr. Chalmers: "Deseo que todo predicador enfatice vehementemente estas dos doctrinas—una justificación presente por gracia, por la fe sola; y un juicio futuro de acuerdo con las obras." A esto, Buchanan añade: "Y todo ministro fiel ha hecho uso de ambas para poderse guardar, por una parte, del peligro del legalismo de la justicia propia; y por la otra, del antinomianismo práctico."—The Doctrine of Justification, págs. 252, 253 (The Banner of Truth Trust, Carlisle, Pennsylvania).

2. Ley y Evangelio

Toda la Biblia se divide en estas dos categorías: La Ley, y el Evangelio. La ley requiere que nosotros obremos, actuemos y corramos en el camino de los mandamientos de Dios. Cualquiera cosa que nos indique lo que debemos hacer, cómo debemos vivir, y qué tenemos que ser, es ley. Por ejemplo: "... amarás a tu prójimo como a ti mismo." Lev. 19:18. "Amaos los unos a los otros con amor fraternal." Rom 12:10. "No améis al mundo." 1 Juan 2:15. "... tened paz los unos con los otros." Mar. 9:50. La ley no se enseña únicamente en el Antiguo Testamento; aparece también en todas las enseñanzas de Jesús y de Sus apóstoles. En contraste con esto, el Evangelio proclama: "No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará..." Exo. 14:13. "Estad quietos y conoced que yo soy Dios." Sal. 46:10. No nos dice lo que nuestro brazo debe obrar para Dios. Proclama lo que el brazo poderoso de Dios nos ha dado gratuitamente. En Cristo Jesús, Dios nos ha dado todo lo que la ley requiere de nosotros (Rom. 10:4), a saber: perfecta justicia para su cumplimiento y perfecta expiación para su satisfacción.

Edmundo Schlink señala en su libro Theology of the Lutheran Confessions que, "Así como no puede predicarse la ley sin Cristo, de igual manera no se puede predicar la obra de Cristo sin la ley." —pág. 86. ¿Cómo podríamos conocer nuestro pecado y la magnitud de nuestra deuda sin la ley? (Rom. 3:20; 7:7-13). El que nunca ha tenido a la ley como ayo para instruirle tocante a la amargura de su pecado, nunca podrá apreciar la dulzura del Evangelio de la gracia salvadora. Más aún, dado que el Evangelio nos da todo lo que la ley demanda de

nosotros (Rom. 10:4), ¿cómo podríamos apreciar lo que Dios nos ha dado sin haber escuchado primeramente la ley?

Debe distinguirse cuidadosamente entre la ley y el Evangelio. En esto consiste la piedra angular de la Reforma. Sin embargo, ambas cosas deben preservarse en una tensión apropiada, y, como dice la Fórmula de Concordia: "Creemos y confesamos que estas dos doctrinas (la ley y el Evangelio) deben inculcarse en la Iglesia de Dios siempre y por siempre hasta el fin del mundo." Book of Concord, pág. 261. (Concordia Publishing House, St. Louis, Missouri).

El poder de la predicación del Evangelio será proporcional al poder de la predicación de la ley. Permítase que la ley caiga en el desuso y el Evangelio se convertirá en un viejo cuento aburrido; en mero sentimiento; en "gracia barata"; en un mensaje que cansa al mundo. Proclámese y exáltese a la ley de Dios como la expresión de Su santa voluntad y los pecadores clamarán: "¿qué debo hacer para ser salvo?". Por otra parte, cuando se pone a un lado al Evangelio triunfan el moralismo, el farisaeísmo y la justicia propia; y los defensores del evangelio social tratan de establecer el reino de Dios mediante la actividad humana.

Si nos mantenemos en la fe de la doctrina de la Reforma tocante a la justificación por la fe, veremos que el Evangelio no cancela la ley ni la ley debilita el don gratuito del Evangelio. No se puede descuidar la una sin descuidar al otro.

Vivimos en una era cuando la autoridad se encuentra bajo ataque; y detrás de todo esto se halla la hostilidad humana contra la autoridad de Dios, contra Su gobierno y contra Su ley. Gran parte de la predicación actual tocante a la justificación por la fe, entre los así llamados protestantes, es nada más que un sentimentalismo enclenque que no lleva a los oyentes al arrepentimiento por haber transgredido la santa ley de Dios. Ni tampoco produce vidas que muestren gran respeto por esa ley. Tal predicación no se parece en lo más mínimo al mensaje de los puritanos, o al de los reformadores, ni menos aún al de los apóstoles.

La ley y el Evangelio constituyen una paradoja. Deben preservarse en una tensión adecuada. A menos que hagamos esto, distorsionaremos el Evangelio de Cristo.

3. La Naturaleza de un Hombre Cristiano

¿Es el cristiano un santo o un pecador? Lutero luchó con este enigma hasta que pudo diseñar la famosa frase que se constituyó en una viga firme que sostuvo toda la armazón teológica de la Reforma—simul justus et peccator, que significa: justo y pecador a la misma vez. Esta es una tremenda paradoja. El partido católico-romano no pudo comprenderla. Pero mientras más examinamos esta paradoja, más luz irradian de ella, aclarando otros misterios que aparentemente no tendrían solución.

El creyente en Jesús es justo ante Dios porque Dios mismo lo declara justo por causa de Cristo. Además, mediante el Espíritu, ha venido a ser una nueva criatura y por esto comienza a comportarse rectamente. Por otra parte, nunca debe imaginarse que está sin pecado (1 Juan 1:8). Debe confesar la pecaminosidad de su naturaleza (Rom. 7:14-25) y rogar constantemente por el perdón al darse cuenta que continuamente no logra alcanzar el Ideal de Dios en sus mejores esfuerzos y deberes más sagrados (Ecl. 7:20; Rom. 3:23). El creyente tiene la misma naturaleza pecaminosa que tienen los demás hombres. Por tal razón es que la carne lucha contra el Espíritu y el Espíritu contra la carne (Gál. 5:17).

A fin de obtener una visión correcta de la vida cristiana deben considerarse ambos lados de la paradoja: a saber, una victoria diaria sobre el pecado y la naturaleza pecaminosa mediante el poder del Espíritu de Dios; y la Inevitable maldad de la pecaminosidad humana.

4. Justificación y Santificación

Cuando tratamos el asunto de la relación que existe entre la justificación y la santificación no podemos hacerlo sin hablar de paradojas. Toda la historia de la Iglesia es un recuento de la lucha por sostener ambas facetas en una tensión adecuada.

Somos justificados únicamente mediante una obra efectuada afuera de nosotros mismos, pero somos santificados mediante el Espíritu de Dios que obra dentro de nosotros. La esencia del legalismo católico romano consiste en depender de la obra de renovación interna para ser aceptado por Dios. Sin embargo, la esencia del antinomianismo protestante consiste en suponer que podemos ser santificados y capacitados para vivir en el cielo mediante la obra que Cristo efectuó afuera de nosotros.

Ninguna cantidad de santificación puede asegurar la admisión de alguien al reino de la gracia; pero la justificación siempre queda en peligro si uno no se ejercita en la santificación. La obediencia no puede asegurarnos la bendición del perdón; pero por una desobediencia persistente y voluntaria se puede vender la primogenitura.

Con todo, ahora debemos echarle un vistazo al otro lado del panorama. La santificación queda en peligro si no se basa sobre la justificación. Debe haber un retorno constante a la justificación, a la palabra del perdón, si es que se quiere preservar a la santificación libre del fariseísmo y de la justicia propia. Las oraciones y el servicio pladoso son aceptables sólo por gracia. La verdad de la justificación pone en tela de juicio todo cuanto hacemos. El verdadero crecimiento cristiano existe sólo donde el aprecio por la justificación va en aumento.

La necesidad constante de la justificación por la fe significa que la pecaminosidad humana es un hecho del cual no podemos escapar—por cuanto no hay hombre sobre la tierra que no peque (Ecl. 7:20), y por cuanto todos permanecen lejos de alcanzar la gloria de Dios (Rom. 3:23

Pero la santificación nos instruye en nuestro deber positivo de evitar el pecado. Por un lado se nos llama a reposar; por el otro, a una vida de ferviente actividad.

5. Cómo Relacionarse con la Paradoja

En esta vida debemos vivir aceptando las paradojas de tener y no tener; de ser justos e injustos; de estar completos e incompletos; de descanso y de actividad; de creer y obrar; de ser capaces de hacer todas las cosas mediante Cristo Jesús y no poder hacer lo que quera-
mos; de ser victoriosos sobre el pecado y lamentarnos de que al hacer el bien, el mal está en nosotros. Debemos aceptar las paradojas de progreso y arrepentimiento; de libertad y sujeción; y así por el estilo. Repetimos, es una señal de inmadurez cristiana enfatizar un solo la-
do de la paradoja con el propósito especial de cancelar la verdad del otro lado.

La ley y el Evangelio; la fe y las obras; la justificación y la santifi-
cación y todas las grandes paradojas de la Biblia deben mantenerse en una tensión adecuada. Si proclamamos la gloria de la gracia de Dios y nos imaginamos que esto sólo basta para motivar a la gente ha-
cia la búsqueda fervorosa de la santificación, no pasará mucho tiempo antes de que comprendamos que la naturaleza pecaminosa necesita que se le advierta y amoneste agudamente en el camino de la obediencia. Pero para que el lenguaje de la experiencia cristiana no eleve su vo-
lumen y se torne conflagrado, siempre debe haber un retorno a la formi-
dable estrictez de la justificación; de otra manera, la santificación se convertirá en un romanticismo místico o en pretensiones de completa santificación.

Que Dios nos ayude a mantener una predicación de la verdad bíblica balanceada y sin distorsión.

-Condensado-